

En recuerdo de Paolo Marconi

Nunca me he considerado un verdadero historiador, mis incursiones en la historia de la carpintería han tenido más que ver con una serie de hechos casuales que con una auténtica vocación. Mi afición a trabajar la madera, junto a una serie de circunstancias providenciales, me llevaron a desentrañar un enigmático manuscrito sobre nuestra carpintería histórica, algo que sin siquiera proponérmelo acabó por convertirme en experto en la materia, siguiendo el conocido axioma de que en el país de los ciegos, el tuerto es rey.

Entrar en el mundo de los historiadores, sin serlo, supone una clara desventaja: las intuiciones pueden ser ciertas, pero normalmente inde demostrables. Hubo un momento en el que llegué a pensar que mis ‘descabelladas’ opiniones sobre la carpintería que acababa de descubrir no podían sostenerse ante el displicente rechazo de sesudos historiadores, fue entonces un libro de Paolo Marconi quien me animó a continuar defendiendo mis heterodoxos argumentos. En España acostumbramos a decir que nadie es profeta en su tierra, y ciertamente el profesor Marconi con los comentarios que me dedicó en su libro *El Arquitecto y el restaurador* no sólo me animó a seguir, sino que todo su texto respaldaba una de mis ideas, que entonces yo no estaba en condición de defender dada mi visioñez en el mundo de la restauración, me refiero especialmente a la recomposición de elementos que puede llegar a ser interpretada como reconstrucción, algo que nuestras leyes de Conservación del Patrimonio prohíben tajantemente.

Cuestión que al enfrentarme a la restauración de una estructura de madera siempre surgía el conflicto. ¿Le devolvía su esencial función estructural, para lo que debería rehacer elementos perdidos, o me limitaba a una intervención cosmética, lo que requería introducir en el edificio una nueva estructura capaz de soportar la estructura intervenida? Para mí, esta segunda opción era sin duda mucho menos respetuosa con el monumento intervenido, que la recreación de piezas cuyas ca-

racterísticas y dimensiones conocía con absoluta certeza, al ser hermanas de tantas que se repetían en aquellas estructuras.

Muchas veces discutí sobre la necesidad de devolver la función estructural a tantos artesonados que se restauraban como si de una obra de arte se tratara, y naturalmente que eran obras de arte, pero no como la de un pintor o un escultor cuya mano imprimiera su personal sello, sino de un trabajo de carpintería cuyas reglas estaban totalmente implícitas en sus propios elementos, conjuntados o independientes, y cuya función resistente no podía ser postergada a su secundaria función artística, por la simple cuestión de que su papel, por encima de todo era el de preservar todo lo que como techumbre del edificio estaba protegiendo, y en muchas de mis intervenciones lo que siempre trataba era de devolver a las piezas rotas su capacidad resistente a fin de que el conjunto siguiera cumpliendo su función protectora.

Para mi eran fundamentales las palabras de Alberti en el primero de sus diez libros de arquitectura donde afirmaba: «La utilidad de los techos es la principal y mayor, porque no solo aprovecha la salud de los moradores, quitando y excluyendo la noche y agua, y principalmente el sol caluroso. Pero tambien maravillosamente defiende a todo edificio, porque quitame el techo, podrecera la materia, y caera la pared, hienden se los lados: y finalmente poco a poco se dessatara todo el edificio: y tambien los mismos cimientos, lo qual (creeras a penas) se fortaleceran con la cobertura de los techos».

Y esa idea junto con las del profesor Marconi han sido las que prevalecieron en las intervenciones de restauración que he tenido que realizar. Por ello quiero terminar este pequeño recuerdo con estas palabras: gracias Paolo.

Enrique Nuere
Madrid